

El mundo es hermoso. Lástima que exista la gente: la figura del monstruo a través de dos novelas de Polleri

Gustavo Calvo

(Instituto de Profesores Artigas, Uruguay)¹

Resumen: La figura del monstruo ha tenido varias interpretaciones a lo largo de los años. Conocido en primer lugar como ser mitológico y ficcional, ha evolucionado hasta convertirse en una representación de las miserias humanas en la mirada de los demás. En este artículo trabajaremos con la representación de una de esas miserias: la locura. Evidentemente estaremos en presencia de un concepto muy amplio y con variadas acepciones, es por eso que será necesario delimitar el trabajo a un cierto tipo de locura. Nuestro punto de partida será el planteo que realiza Michel Foucault sobre este tema, para luego centrarnos en esa figura monstruosa a la que hacemos referencia. Por otro lado, será necesario que acompañemos posibles definiciones o conjeturas, con dos novelas que, aunque por momentos muy sugestivas, representan a la perfección el rol que el monstruo cumple en la sociedad. Plantados en el Montevideo de los años 90', veremos cómo los dos protagonistas pueden perfectamente adaptarse a los conceptos que vamos a trabajar aquí. Felipe Polleri nos coloca como espectadores del relato que se desarrolla en *Colores* y en *Carnaval*, donde es el propio personaje quien por momentos se define a sí mismo como un monstruo. Intentaremos en este trabajo poder preguntarnos cuál es el rol que cumplimos nosotros, como sociedad, en el entramado de experiencias y modos de actuar, que hacen que aquel que padece una patología, no solo deba cargar con lo que ello significa, sino con el rechazo, la marginación, la discriminación e incluso la represión por parte de su entorno.

Palabras claves: Monstruo, Locura, Sociedad, Polleri.

Abstract: The figure of the monster has had many interpretations over the years. First known as a mythological and fictional being, it has evolved to become a representation of human misery. In this article we will talk about the representation of one of those miseries: madness. We will be in front of a very broad concept with plenty of meanings and that is why we will need to limit the work to a certain type of madness. We will start with Michel Foucault's contribution to this subject, and then we will focus on that monstrous figure that we are talking about. On the other hand, we will bring some pos-

1. Estudiante avanzado de Literatura en la carrera de formación docente en el Instituto de Profesores Artigas. Cursa actualmente la última asignatura didáctica, donde se encuentra trabajando como profesor en el Liceo N° 1 José Enrique Rodó. Redactor de reseñas para el semanario *Brecha* en la sección cultural, y coautor de la Exposición virtual de la Biblioteca Nacional titulada *Quiroga: un retrato a partir de su archivo*.

sible definitions or conjectures with two novels that seem to be suggestive but perfectly represent the role that the monster plays in society. Based in Montevideo of the 90s we will see how the two main characters can perfectly adapt to the concepts that we will be working. Felipe Polleri makes us viewers of the story in *Colores* and in *Carnaval*, where the character defines himself as a monster. Along this work we will try to be able to ask ourselves what our role as society is, in the framework of experiences and ways of acting, that makes those who suffer from a pathology not only deal with the meaning of that but also deal with the rejection, marginalization, discrimination and even repression from their environs.

Keywords: Monster, Madness, Society, Polleri.

Recibido: 28 de febrero. *Aceptado:* 19 de mayo.

Introducción

Michel Foucault, en su obra *Enfermedad mental y psicología*, comienza preguntándose acerca de los parámetros que permiten delimitar el terreno de lo que podemos considerar efectivamente una enfermedad en el ámbito psicológico. No es sencillo, dice el autor, ya que hemos insistido en achacar los conocimientos en materias de enfermedades somáticas en patologías que son diametralmente diferentes. En lo que a estas últimas se refiere, Foucault afirma que “la enfermedad sería una alteración intrínseca de la personalidad, una desorganización interna de sus estructuras, una desviación progresiva de su devenir” (2017 9). Sin embargo, a pesar de esta definición, bastante breve por cierto, sería necesario reducir el espectro con el que trabajaremos de aquí en adelante. El autor establece dos grandes grupos de trastornos psíquicos: la neurosis y la psicosis.

Ocuparemos nuestra atención en la segunda categoría, entendida como aquella donde las perturbaciones de la personalidad se relacionan con trastornos del pensamiento. Según la definición del diccionario de la Real Academia Española, la psicosis sería una “enfermedad mental caracterizada por delirios o alucinaciones, como la esquizofrenia o la paranoia”. En las novelas de Felipe Polleri veremos cómo los personajes padecen claramente estos trastornos, por lo que no es difícil definir desde ya nuestro parámetro para establecer el tipo de enfermedad mental al que nos delimitaremos. Ahora bien, si decimos que la psicosis está relacionada con la personalidad del individuo, es necesario que establezcamos bajo qué manifestaciones podemos afirmar que el desarrollo de dicha personalidad está por fuera de lo que se considera “normal”.

Sobre este tema, Foucault expresa que la definición de lo que consideramos locura, puede entenderse también como algo a lo que no podamos encontrar explicación.

En *Historia de la locura en la época clásica*, el autor afirma que hablar de demencia, es hablar de la enfermedad del espíritu donde más nos acercamos a la esencia misma de la locura, pero en el sentido negativo del término. Este desorden, dice el pensador francés, no tiene una explicación lógica, ya que “no hay trastorno en los órganos del pensamiento que no pueda suscitar uno de los aspectos de la demencia. Hablando propiamente, no tiene síntomas; antes bien, es la posibilidad abierta de todos los síntomas posibles de la locura” (2015 202). Podemos preguntarnos entonces, bajo qué vara mediremos la anomalía, y para ello, Foucault plantea que la enfermedad mental adquiere valor si está dentro de una sociedad que la identifican como tal, por lo que “cada cultura tendrá una imagen de la enfermedad cuyo perfil está determinado por el conjunto de las virtualidades antropológicas que desdeña o que reprime [...] La enfermedad sería marginal por naturaleza y relativa a una cultura solo en la medida en que sea una conducta que no se integre a ella” (2017 43-44).

Locura y sociedad

Zygmunt Bauman, en *Modernidad Líquida*, hace referencia al concepto de comunidad para explicar aquello en lo que los participantes de la misma se sienten parte y llevan a cabo el sueño del lugar seguro. En este sentido, el autor menciona lo que plantea Eric Hobsbawm sobre el comunitarismo. Según el historiador, estamos ante un mundo que cambia constantemente y, por lo tanto, nada puede asegurarse en su totalidad. Sin embargo, la promesa de un refugio hace que hombres y mujeres se aferren al sentido de pertenencia que supone la comunidad. ¿Cuál sería la comunidad ideal? Bauman va a decir que es aquella que proporcione todo lo que sea necesario para llevar adelante una vida de gratificación. Afirma el autor:

El mundo comunitario está completo porque todos los demás son irrelevantes o, más exactamente, hostiles. La armonía interna del mundo comunitario reluce y centellea contra el fondo de la oscura y enmarañada jungla que empieza del otro lado del portal. La gente que se apiña en torno al calor de la identidad compartida arroja (o espera desterrar) a esa jungla todos los miedos que la hicieron buscar el refugio comunitario. (2000 183)

Ahora bien, ¿qué lugar ocuparía entonces en esta sociedad, aquel que padece una patología que no es aceptada por la comunidad, por entender que no garantiza la seguridad requerida? Sobre esto, Michel Foucault afirma que, a lo largo de la historia, la locura siempre ha formado parte del mundo de la exclusión. Esta ilusión cultural a la que hace referencia Bauman, también es trabajada por el autor francés, debido a que es la que aparta al individuo padeciente. Cuando Quique, el protagonista de *Carnaval*, se

enfrenta a la realidad del barrio privado en donde viven sus padres, ve claramente cómo están separados los diferentes estratos de la sociedad:

Yo era desinteresado, estúpido y generalmente triste, quizás ante el hecho irremediable de que jamás podría asesinar a todos los chicos ambiciosos, inteligentes y felices que enorgullecen a sus madres, a sus abuelitas, a Wellington y a Dios Padre. Pero, en realidad, yo no quería asesinarlos a todos. Dejaría vivo al último para ubicarlo en mi lugar y hacer felices a una madre y a un padre; después me iría con los de mi raza, los amargados y pulgüentos hijos de puta que preferían vivir sin un muro alrededor. (2010 39)

Estos muros a los que se refiere el personaje son los que separan el adentro de la “enmarañada jungla” que menciona Bauman, y sin embargo, no son solo los miembros de la sociedad quienes realizan la exclusión, sino que también es el propio diagnóstico médico que lo excluye. Si hacemos un poco de historia, veremos cómo desde mediados del siglo XVII en adelante se ha tratado al loco de diferentes maneras. Apartado en primer lugar, el sujeto pasa a ser peligroso para la sociedad, por lo que es conveniente que se lo encierre. En este mecanismo de control, la locura no fue tratada siempre como una enfermedad. Aquel que ingresaba lo hacía formando parte de un núcleo de individuos que iban desde ancianos, inválidos o delincuentes, con el único objetivo de alejarlos de la sociedad. Dice Foucault, que “en el encierro que sufre el loco junto con muchos otros en la época clásica no están en juego las relaciones de la locura con la enfermedad, sino las relaciones de la sociedad consigo misma” (2017 48). De hecho, el propio Polleri pone esto en voz de Quique: “los mendigos, los locos, los gatos sarnosos me elegían, y yo los elegía a ellos. Somos iguales, pensé” (14-15). Años más tarde, podríamos preguntarnos qué ha cambiado desde entonces, y veremos que quizás, no haya sido tanto.

“Siempre tuvimos miedo [...] porque ellos son grandes y vos solo una cucaracha acorralada” (20), dice Quique; es que el marginal, en su expresión más amplia, se sabe en inferioridad de condiciones frente a los mecanismos de control. Sin embargo, cuando hablamos de locura, y como vimos anteriormente, ese control ejercido por la sociedad en general hace que sea mucho más sencillo el acorralamiento por parte de los sistemas de poder. Solo hay una dificultad: reconocer al loco. En *Los anormales*, Michel Foucault establece algunos parámetros que nos servirán de puntapié para desarrollar el concepto de monstruo más adelante. Dice el autor que, ante cualquier hecho que sea digno de sanción, existe una línea que separa aquello que es considerado criminal de lo que se pueda reconocer como patológico. Para el francés, se da lo que él llama “principio de la puerta giratoria”, donde una vez que la locura entra en juego, la criminalidad desaparece.

Ahora bien, si la justicia debe separar aquellos que cometen el crimen a plena conciencia y bajo el uso de sus facultades, de aquellos que no están en condiciones de

hacerlo, lo que termina llevando a cabo es, según Foucault, un proceso de normalización. Por primera vez estamos en presencia de un nuevo término para referirnos a estos individuos. Los anormales, tal como los cataloga el autor, formarían parte de un núcleo que necesariamente debe ser marginado y excluido, pero que no puede pertenecer al mismo grupo que el resto de la sociedad aísla. Según este pensador, la anomalía tendría tres maneras de manifestación: el individuo a corregir, el niño masturbador y el monstruo humano. No hablaremos de las dos primeras, nos limitaremos a definir lo que es el monstruo, entendido como un concepto jurídico. Esta acepción tendremos que tomarla en la mayor amplitud del término posible “porque lo que define al monstruo es el hecho de que, en su existencia misma y su forma, no solo es violación de las leyes de la sociedad, sino también de las leyes de la naturaleza” (1999 61).

La paradoja del monstruo

Si buscamos la palabra monstruo en el *Diccionario de símbolos* de Juan Eduardo Cirlot, nos encontraremos con que el término tiene amplia relación con el abordaje de este trabajo. Esta figura, dice el autor, simboliza una “función psíquica en cuanto trastornada: la exaltación afectiva de los deseos, la exaltación imaginativa en su paroxismo, las intenciones impuras” (1992 306).² Ahora bien, dice Cirlot que por este motivo, aquel que es un monstruo se opone de manera casi natural a la imagen que representa el héroe. Sin embargo, existe también una paradoja:

el enemigo quimérico –la perversión, la llamada de la locura o de la maldad *per se*– es el fundamental en la vida del hombre. En el aspecto o plano social, el motivo del monstruo que devasta un país simboliza el reinado nefasto de un monarca pervertido, tiránico o débil. La lucha contra el monstruo significa el combate por liberar a la conciencia apresada por el inconsciente. La salvación del héroe es la salida del sol, el triunfo de la luz sobre las tinieblas, de la conciencia o del espíritu sobre el magma patético. (306-307)

Si tenemos en cuenta este planteo de Cirlot, podemos hacernos la misma pregunta que realizaba Foucault al hablar de la locura: “¿Por qué (la cultura occidental) ha formulado claramente desde el siglo XIX, pero también desde la época clásica, que la locura era la verdad desnuda del hombre, y la ha colocado sin embargo en un espacio neutralizado e incoloro en que se daba como anulada?” (2015 437). Y para intentar responderla, es necesario que pensemos en un factor del que quizás ya habíamos hablado someramente cuando nos referimos a la comunidad: el miedo. Dice Wolfgang Sofsky, en *Tratado sobre la violencia*, que esta es omnipresente. Como factor desencadenante del caos, la violencia genera un círculo donde el desorden se vuelve armonía, y esa armonía

2. Cirlot define al monstruo según los conceptos de Paul Diel en *Le Symbolisme dans la Mythologie grecque*. París, 1945.

engendra nueva violencia. Ahora bien, este panorama está condicionado históricamente por el miedo al que hacíamos referencia. La guerra permanente, afirma Sofsky, “no consiste en un perpetuo baño de sangre, sino en el miedo perpetuo a ese estado” (2006 8-9). Sin dudas, el terror condiciona a la sociedad, y ese terror lleva, como vimos, a alejar a todo aquel que sea diferente, y por lo tanto, sinónimo de peligro.

Paradójicamente, entonces, el monstruo ha sido históricamente sinónimo de liberación, y sin embargo, ha sido también reprimido por los sistemas de poder. Estos son quienes, para Sofsky, se esfuerzan por mantener vivo el miedo, con el objetivo de establecer medidas de represión e imponer penas. “Los marginales son estigmatizados, reclusos o excluidos” (16). Cabe entonces una nueva pregunta: “¿Quién protege a los súbditos de los representantes dominados por la crueldad, la demencia y los impulsos sanguinarios? ¿Quién domina a los guerreros, vigila a los vigilantes, salvaguarda la letra de la ley cuando los que tienen las armas son los que determinan los principios de la constitución?” (13). Esta será la tarea de la crítica, según el pensamiento de Foucault, quien la define como “el arte de no ser de tal modo gobernado” (2006 8). Esto nos permitirá darle entidad al monstruo y reconocerlo como ser. Como se cuestiona Judith Butler en *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*

¿de qué modo nuestros marcos culturales para pensar lo humano ponen límites sobre el tipo de pérdidas que podemos reconocer como una pérdida? Después de todo, si alguien desaparece, y esa persona no es nadie, ¿entonces qué y dónde desaparece, y cómo puede tener lugar el duelo? [...] Me refiero no solo a seres humanos no considerados humanos, y de allí a una concepción restrictiva de lo humano sobre la que se basa su exclusión. No se trata simplemente de hacer ingresar a los excluidos dentro de una ontología establecida, sino de una insurrección a nivel ontológico [...] Así, si la violencia ejerce contra sujetos irreales, desde el punto de vista de la violencia no hay ningún daño o negación posibles desde el momento en que se trata de vidas ya negadas. Pero dichas vidas tienen una extraña forma de mantenerse animadas, por lo que deben ser negadas una y otra vez. (2006 59-60)

En esto, la literatura ha tenido una influencia significativa al desarrollar la figura del monstruo desde diferentes perspectivas. En este trabajo, como hemos visto, nos centramos en una de ellas, la que iguala a aquel considerado loco con el monstruo en la sociedad. Sin embargo, cuando hablamos de Felipe Polleri no nos referimos a un autor que trabaje la figura monstruosa desde una perspectiva histórica, ni lo coloque en una fase más de su evolución, sino que, por el contrario, es un escritor que planta a sus personajes en un momento determinado, observando un mundo que está igual o peor que ellos. Alfredo Alzugarat tiene reservado un nombre para esta estética y este modo de hacer literatura. El crítico uruguayo plantea que la obra de Polleri se encuentra dentro de lo que él denomina “estética de la crueldad”. En el capítulo “La narrativa de la redemo-

cratización” (2013), la define como un producto que no revisa la historia, sino que es el reflejo de un mundo fuera de control. Al igual que Bauman, Alzugarat observa un “mundo devastado por el endiosamiento de lo material, por la desconfianza y sobre todo por la pérdida de valor de los macrotextos que intentaban explicar la realidad y ahora sucumben tras la caída del socialismo real y la posmodernidad” (31). Este achaque que el crítico le realiza a Polleri, nos coloca frente a dos novelas que, siguiendo esta línea, podrían ser consideradas como aquellas que explicitan la violencia porque sí, sin un fin en sí mismo.

Ahora bien, si elegimos pararnos desde la vereda contraria, observaremos que, tanto en *Carnaval* como en *Colores*, encontramos un duro golpe del autor para con la sociedad. Sí, es cierto, sus personajes ejercen violencia sin motivo alguno en varias oportunidades, pero no debemos olvidar que ambos deben luchar con sus propios demonios:

A veces pienso que, en lugar de la mía propia, tengo la memoria de mi peor enemigo. Es una idiotez, ya sé. Pero solo mi peor enemigo pudo haber coleccionado con tanto amor, con esta pasión de filatelista loco, mis peores humillaciones... para exhibirlas en el techo a lo largo y a lo ancho de la noche, quitándome el sueño y las simples ganas de vivir. (75)

De esto ya había hablado Foucault, cuando utópicamente pensaba en una “cura” para la locura. En el fondo, dice el autor, el avance de la medicina podrá eliminar la patología en el futuro, pero hay algo con lo que no podrá luchar, y es la “relación del hombre con sus fantasmas, con su imposible, con su dolor sin cuerpo, con la cáscara de la noche [...] la locura será el recuerdo sin edad de un mal borrado en su forma de enfermedad, pero que se obstina como desgracia” (2015 438).

Yo también soy un ser humano. Pero nadie lo cree

Antes de adentrarnos en la figura del monstruo, no debemos olvidar que este, aunque sea analizado desde una perspectiva literaria o como imagen artística, siempre estará relacionado con el lugar en que es colocado por la sociedad. Este ser, dice Mabel Moraña en *El monstruo como máquina de guerra*, ha sido construido de diversas maneras por el arte, que lo representa desde una variedad de niveles de significado. Sin embargo, Moraña elige tomar al monstruo desde un marco conceptual al que la autora cataloga de primario, en tanto dispositivo epistemológico y entorno a su valor cultural. Ahora bien, si, como hemos dicho a lo largo de este trabajo, lo monstruoso está relacionado con todo aquello que se asocia a la anormalidad, podríamos preguntarnos cuál sería entonces el ideal de ser humano, o dicho de otra manera, el ser humano “normal”. José Ingenieros va a decir que no existe tal cosa. Su trabajo, que se titula nada más y nada menos que *El hombre mediocre*, analiza las formas en las que se manifiesta la mediocridad en la vida

humana. A lo largo de los años, plantea el autor, se han intentado identificar los parámetros con los que establecer cierta homogeneidad en cuanto al sujeto con su personalidad. Esto solo puede definirse en relación con la sociedad en la que dicho sujeto vive, ya que la concepción de normalidad no es la misma en todos los casos, ni cumple el mismo rol en todas las sociedades. Si quisiéramos encontrar el centro, inevitablemente debemos delimitar cuáles son los extremos de lo “bueno” y lo “malo” para ubicar en el medio a ese hombre normal. Sin embargo, dice Ingenieros, ese hombre no existe ni puede existir. El concepto de la normalidad humana, continúa el escritor, “solo podría ser relativo a determinado ambiente social; ¿serían normales los que mejor «marcan el paso», los que se alinean con más exactitud en las filas de un convencionalismo social? En este sentido, el hombre normal no sería sinónimo de hombre equilibrado, sino de Hombre domesticado” (2006 31-32). Si coincidimos en esto, ¿no podríamos decir entonces que todos tenemos algo de monstruos?

Lo que sucede es que se nos hace difícil ver en nosotros mismos las anomalías que detectamos en los demás. Si seguimos la línea de investigación que plantea Moraña, podemos afirmar que el monstruo es representado también desde una frustración ante la figura que no complace los deseos de los otros. Su sola existencia conlleva diversas reacciones que apuntan hacia una concepción de aquel sujeto anormal como representante de lo onírico, lo siniestro o lo perverso. Estas miradas, recorren una amplia gama de la sociedad, que va desde la alta cultura hasta las clases subalternas. Según la autora, el monstruo abarca tanto el consumo de las élites como el de las masas y tiene también un recorrido histórico que nace en la mitología y que aún hoy sigue generando controversias. Veamos cómo lo define Moraña:

el monstruo es uno de los bienes de consumo más dúctiles y fascinantes del mercado simbólico, porque se comunica a través de la lengua y de la imagen, de la religión, de la política, de la ciencia y la tecnología, apela a múltiples públicos, admite numerosos niveles de lectura, dice poco sobre sí mismo y no pasa de moda. Ha sido exaltado, venerado, desacralizado, vituperado, comercializado, temido, abaratado, mecanizado, reproducido con y sin aura en los espacios culturales y en los dominios ideológicos más dispares. Ha inscrito en ellos su lenguaje de gestos, sus peculiares hábitos alimenticios, sus impensables avatares, interpelando a públicos diversos, que colocan en él ansiedades, conflictos y expectativas.

Como en el ser humano, el deseo del monstruo es infinito. Se mantiene latente y a veces se realiza, de modo casi siempre incompleto, reapareciendo reciclado en formatos diversos. No obstante, es siempre portavoz del eco más o menos lejano de tradiciones, leyendas y creencias que lo mantienen vivo. El monstruo es a la vez cosa y sujeto, mente sin alma, cuerpo sin órganos, corporalidad hipertrofiada, rebosante, derramada, desquiciada, *fuera-de-sí*, *fuera-de-madre*. Es presencia y ausencia, ambigüedad, hipérbole, hiato, metonimia, sinécdoque, catacrexis. (2017 26)

Quizás no haya mejor manera de definir al monstruo que de la forma en que lo hace la crítica uruguaya, porque abarca todos los conceptos que veníamos trabajando en las páginas anteriores. Para Moraña, pensar en estos seres es cuestionarse un sinfín de factores que normalizamos en nuestra sociedad, para la cual el loco, el anormal, el marginal y, en definitiva, el monstruo terminan siendo observados como un bien material. Diversas ramas de la ciencia, entre ellas el psicoanálisis, se sirven de esta figura para crear arquetipos de subalternidad. Foucault (2006), al hablar de las relaciones entre saber y poder, planteaba una “prueba de eventualización”, entendida como aquella que busca no encontrar una verdad absoluta, sino establecer cuáles son los lazos y conexiones entre determinados mecanismos de coerción y elementos de conocimiento. En este caso, deberíamos cuestionarnos la relación que existe entre la ciencia y la locura, que ha llevado a una represión de la patología.

“Hubiera preferido decirle: «yo también soy un ser humano». Pero nadie lo cree y nadie jamás lo creerá, pensé” (2010 24). Para el personaje de Polleri, la resignación ante el resto de la sociedad termina transformándose en una salida cuando no hay otra posible. En el momento en que el monstruo se da cuenta que su entorno no solo no quiere hacerlo pertenecer, sino que eso está avalado por los sistemas de poder, no queda otro camino más que rendirse. En otro pasaje, ahora de la novela *Colores*, esto queda explicitado de forma más clara: “La locura, en esta miseria sin futuro del Infierno, es más necesaria que el pan” (96). Es que el monstruo, dice Moraña, siempre ha sido analizado por los demás desde una mirada que aunque genere atracción, seducción o incluso empatía, requerirá una distancia que marque la diferencia, la otredad. Contextos teóricos como la filosofía o la biopolítica, afirma la autora, ofrecen un aval a la hora de analizar la figura del monstruo desde una perspectiva controladora. Volvemos al planteo de Foucault, la relación entre saber y poder permiten que las figuras dominantes sean “creadoras” de conocimiento.

Para Moraña, esta figura es metáfora de hibridez y diferencia, y como tal, se ha utilizado como “ilustración de lo anómalo, es decir, como la forma contranormativa a partir de la cual se revela un exceso, una forma patológica, desmesurada, irregular y desviada de existencia y conducta” (31). Es necesario, por tanto, que haya una regulación y/o control de este ser que viene a romper con el *status quo*. Ese será el rol con el cual se planteará la existencia de centros de internación, que como veremos ha tenido, al igual que la propia patología, una evolución en su concepción. Foucault dice que los muros que separan el adentro del afuera de los hospitales psiquiátricos, adquieren una singular importancia en el momento en que el adentro determina no una intención médica, sino simplemente la reclusión. En sus orígenes, los locos eran entregados a “carceleros” que poca relación tenían con la medicina, y que además, vigilaban espacios donde “no

se encerraría a los animales feroces que el lujo de los gobiernos mantiene con grandes gastos en las capitales” (2015 42). Si el propio internamiento supone una amplitud de la denigración del monstruo, qué difícil se nos hace pensar en aspectos positivos al hablar de manicomios. Sin dudas esto ha cambiado con el correr de los años, pero no es tampoco descabellado pensar que siga sucediendo en la actualidad, cuando de hecho nos encontramos muchas veces con noticias que exponen este tipo de realidades. Polleri es consciente de esto, y a lo largo de sus dos novelas nos regala pasajes donde sus protagonistas reflexionan en torno a esa discriminación: “Me miró a los ojos y supo [...] que en el mundo había odio, solo odio y locura y terror” (33).

Es imposible ver al monstruo desde una perspectiva diferente que no sea en su relación con la sociedad, y por lo tanto, con el poder. En su libro, Moraña suma además la propia percepción individual a la hora de analizar esta figura. Según la autora, es la interpretación que cada uno tenga de lo normal, lo que lleva a identificar al monstruo en tanto este está escapando de esos patrones de normalidad. Por lo tanto, la relación entre lo subjetivo y lo monstruoso sería ineludible. Si la subjetividad es aceptada como constructora del monstruo, inevitablemente debemos hablar de aquellas cosas que inconscientemente (o no), nos llevan a delimitar qué es normal y qué no. Como afirma la autora,

el sentimiento inquietante de incertidumbre acerca de la naturaleza del objeto o ser que percibimos como sospechoso, raro o diferente, se vincula, según Freud, a cosas que debieron permanecer ocultas o secretas pero que son de pronto reveladas, creando una desestabilización del mundo conocido. Para Freud, el sentimiento que deriva de este desquiciamiento de lo real tiene que ver con los conceptos de castración, represión y narcisismo. Este último, por ejemplo, se canaliza con el triunfo del héroe, que al matar al monstruo restablece el orden que fuera perturbado por la irrupción de lo sobre-natural. (185)

En el momento en que el monstruo es derrotado por el héroe, continúa Moraña, se estaría recuperando la “higiene social” que se había perdido por la excrecencia e impureza de este ser. Lo impuro sería la principal característica del monstruo, y como tal, debe ser controlado antes de que se expanda. Si esto sucede, la comunidad podría verse en peligro.

Conclusión

Podemos afirmar al final de este trabajo que no hay respuestas definitivas con respecto a la concepción del monstruo. De hecho, tampoco se buscaban cuando se planificó encarar estas cuestiones en relación a la mirada y la representatividad de dicha figura. Lo que sí podemos asegurar es que la inevitable relación que el monstruo tiene con su entorno, nos ha llevado a repensar los parámetros en los que nuestra episteme

se desarrolla. Tanto la figura mitológica, artística o comunicativa de este ser, como su representación en la “realidad” si hablamos de la locura, nos enfrentan a una violencia permanente de la comunidad ante lo diferente. En el afán de conseguir la paz y la tranquilidad, la sociedad se involucra en una tarea que requiere el alejamiento, la discriminación, la marginación y la expulsión de aquel que no es igual a mí cuando lo miro. En tanto patología, la locura ha tenido una evolución en su concepción, que acompaña también la evolución de la sociedad, pero que todavía sigue pareciendo retrograda por momentos. En las novelas de Polleri encontramos duras referencias a lo que somos cuando nos enfrentamos a las diferencias, y a través de imágenes sensibles, violentas y hasta con tintes de humor negro, nos pone en la piel de dos personajes que se ven a sí mismos como monstruos porque la sociedad toda lo ve así. En definitiva, somos lo que los demás dicen de nosotros, pareciera que quiere decir el autor cuando nos muestra la resignación de sus protagonistas. Sería utópico pensar, de todas maneras, en algo diferente, porque parecemos condicionados desde que comenzamos a tener uso de razón en ver y rechazar las diferencias de los demás. Como dice Judith Butler, en el momento en que le quitamos al otro la potestad de ser real, lo transformamos en alguien que no está “ni vivo ni muerto, sino en una interminable condición de espectro [...] Su deshumanización ocurre primero a este nivel, de donde brota entonces una violencia física que en algún sentido es portadora del mensaje de deshumanización que ya está funcionando en la cultura” (60). Me propongo, si se me permite, invitar a reflexionar acerca de qué hacemos cada uno de nosotros cuando nos enfrentamos a los monstruos, incluso a nuestros propios monstruos interiores, aquellos que Foucault decía que iban a prevalecer aunque la locura ya no fuera tal en el futuro. A fin de cuentas, como dice el protagonista de *Colores*, “el mundo es hermoso” (69), y podemos evitar que sea una lástima que exista la gente.

Bibliografía citada

- Alzugarat, Alfredo. “40 años de literatura uruguaya (1973-2013).” *Letras*, n° 3, 2013.
- Bauman, Zygmunt. *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Butler, Judith. *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Paidós, 2006.
- Cirlot, Juan Eduardo. *Diccionario de símbolos*. Labor, 1992.
- Foucault, Michel. *Enfermedad mental y psicología*. Mandius, 2017.
- . *Sobre la Ilustración*. Tecnos, 2006.
- . *Historia de la locura en la época clásica*. Tritivillus, 2015.
- . *Los anormales*. Fondo de Cultura Económica, 1999.

Ingenieros, José. *El hombre mediocre*. Buro Editor, 2006.

Moraña, Mabel. *El monstruo como máquina de guerra*. Iberoamericana, 2017.

Polleri, Felipe. *El Dios negro*. HUM, 2010. [incluye *Colores y Carnaval*.]

Sofsky, Wolfgang. *Tratado sobre la violencia*. Abada Editores, 2006.